

pudo realizarse con éxito el relevamiento del sitio y el descenso del hallazgo, que si bien no revoluciona la arqueología de la zona, confirmará muchas teorías. Hay que esperar de todos modos los estudios somatológicos y arqueológicos más profundos.

La importancia de este trabajo preliminar consiste en la descripción del cuerpo congelado, que probablemente fue de un chasqui (mensajero inca), de la ropa que llevaba, y de un animalito que se encontró con él, cuya presencia es significativa por varios motivos. Hay además comparaciones con otros cadáveres momificados y santuarios de altura encontrados en cerros cordilleranos, para lo que el autor adjunta al final una amplia bibliografía.

De Lingüística tenemos el artículo de Antonio Tovar *Relación entre las Lenguas del Grupo Mataco*. El autor realiza un examen de las semejanzas entre tres lenguas chaqueñas: mataco, chorote y chunuí, sobre cuya relación de parentesco hay general acuerdo. Para las dos primeras ha usado datos de su colección personal, y para la tercera se ha basado en un trabajo de R. P. Binda. Analiza también el enimaga o macá. A pesar de las objeciones de otros investigadores, ha usado el método léxico-estadístico, que cree el más acertado.

No todos los trabajos de este volumen están en español; el de Gordon Willey es un ejemplo: *An Hypothesis of the Process of Mesoamerican Agricultural Development*. Se trata aquí de establecer una teoría acerca del porqué ciertas plantas se asentaron en determinadas zonas de Mesoamérica. Para ello intenta el autor resumir los hechos referentes a la expansión de la agricultura en esta zona. Se basa sobre todo en los hallazgos recientes de R. S. MacNeish en Tamaulipas y Puebla, México, y en los de P. C. Mangelsdorf, que son realmente revolucionarios. Luego de referirse a los distintos yacimientos excavados, Willey proporciona una tabla cronológica muy útil, en la que da también el tipo de clima de las zonas.

Hay también otros trabajos en portugués que nos han parecido de gran interés, como así también los demás en español a los que no podemos referirnos.

El esfuerzo realizado por los editores de este volumen se ha visto plenamente satisfecho, dada la importancia de los escritores y sus trabajos aquí presentes.

SUSANA GONZÁLEZ DEL SOLAR

HEIZER, Robert F. y BAUMHOFF, Martin A.: *Prehistoric rock-art of Nevada and Eastern California*. XVIII + 412 pp. incluidas 24 láminas fotográficas. University of California Press. Berkeley-Los Angeles, 1962.

Lo mismo que en Sudamérica, la extensa zona montañosa occidental de los Estados Unidos es muy rica en arte rupestre, sobre todo petroglifos. En 1929 se publicó una obra clásica, *Petroglyphs of California and adjoining states*, por Julián Steward (Univ. of California Publications in Am. Archaeology and Ethnology, vol. 24 N° 2), con lo que se agregó una importante documentación a los trabajos pioneros de Garrick Mallery (en 4° y 10° Annual Report of the Bureau

of Am. Ethnology, Washington, 1886 y 1893 resp.). Steward no relevó personalmente todos los sitios, sino que se basó en buena parte en informes y fotografías de segunda mano, aunque fidedignos. Posteriormente el interés por el estudio sistemático del arte rupestre decayó un tanto, mientras seguían afluyendo al "University of California Archaeological Survey" toda clase de datos arqueológicos que naturalmente incluían sitios con petroglifos. En 1953 el director de dicho instituto Dr. Robert F. Heizer publicó una breve nota sobre uno de los "estilos" de este arte, el Pit-and-Groove (hoyos y canaletas), que son nuestros conocidos "morterillos" o "tacitas" (*Sacred Rain Rocks of Northern California*, Univ. of California Arch. Survey Report N° 20). La ocasión para un estudio sistemático con métodos modernos la brindó una invitación para efectuar el relevamiento completo de un gran sitio del oeste de Nevada, llamado Lagomarsino. En la publicación correspondiente (M. A. Baumhoff, R. F. Heizer y A. B. Elsasser: *The Lagomarsino petroglyph group*... Univ. California Arch. Survey Report N° 43, Part II, 1958) tenemos el primer ejemplo conocido de un análisis y "tabulación" de los elementos, es decir figuras que aparecen separadas de otras, y su tratamiento estadístico que permitió determinar el predominio de dos estilos diferentes en dos zonas distintas del yacimiento.

Planteadas una serie de consideraciones teóricas, los autores viajaron al estado de Nevada —centro de la extensa y árida "Gran Cuenca"— en 1959, visitando gran cantidad de sitios ya conocidos cuyo ambiente natural querían examinar, y relevando otros nuevos. El resultado fue presentado como una hipótesis "operacional" ese mismo año (Heizer y Baumhoff: *Great Basin petroglyphs and prehistoric game trails*. Science, vol. 129 N° 3353). Como producto del trabajo, surgió finalmente el libro reseñado, que puede calificarse desde ya como una obra fundamental para esa especialidad realmente poco cultivada en América como lo es el arte rupestre. Su importancia se muestra en dos facetas: la metodológica, y lo referente a la documentación concreta. Para este último aspecto, baste decir que de un total de 394 páginas (excluidas la Bibliografía y el Índice) casi la mitad (189 págs.) se dedica a reproducciones de petroglifos. Su valor como fuente de comparaciones es, obviamente, grande.

La Introducción es, sin duda, excesivamente breve, resultando por ello superficial y un tanto arbitraria. Por ejemplo, no se comprende cómo no se citan trabajos como los de Pérez de Barradas para Colombia, Disselhoff para el Perú, Iribarren para Chile, Gardner, Menghin y otros para la Argentina, o, por otro lado los artes Levantino y Esquemático de España.

"El Problema" (cap. I) es, según los autores, básicamente el del significado y función de las obras de arte rupestre. Plantean la probable conexión de los petroglifos "de algún modo, con la obtención del alimento" (p. 8). El *test* de esta hipótesis en el campo la precisó en el sentido de una magia de caza, ya que la mayor parte de los sitios se hallan en quebradas y pasos apropiados para el tránsito estacional de cérvidos y antílopes (en el centro-norte del estado), o cerca de vertientes que atraen entre otros a las cabras monteses, predominantes en el sur, y principal animal figurado en esa zona. Algunas estructuras pircadas (murallas y recintos circulares) asociadas a algunos sitios son interpretadas bastante convicentemente como elementos coadyuvantes para las tareas de caza. Las tribus recientes del área (Paiutes y Shoshones), aunque predominantemente cazadoras también, no practicaban el arte rupestre; por lo tanto éste es datado

en su mayor parte antes de los siglos XIV y XV en que parece haberse producido su inmigración desde el S. E. de California. No es muy convincente la razón por la que suponen que éstos perdieron aquella práctica (que debían conocer en su zona de origen). Los autores de los dibujos debieron ser los *shamanes* de caza, que —dato interesante— en tiempos posteriores eran “prestados” de una zona o tribu a la otra, “lo cual brindaría una parcial explicación para la difusión de los elementos dibujados” (p. 13).

El segundo capítulo consiste en una descripción de los 99 sitios conocidos. Se hallan en su mayor número al oeste —cerca de las vertientes orientales de la Sierra Nevada— y al sur del estado, en la cuenca del río Colorado. A “los elementos y su distribución” se dedica el tercero. Existiendo el propósito de “dividir el material en categorías, denominadas estilos, que tienen diferencias en su distribución, sea geográfica o cronológica o ambas” (p. 72), comienzan por distinguir los elementos, que clasifican —siguiendo con algunas modificaciones a Stewart— en un total de 58, tanto abstractos y denominados por analogía, como, en menor número, figurativos. Para cada uno hay un mapa esquemático de distribución; luego sigue el *corpus* completo del material dibujado de acuerdo a los sitios.

Los “Estilos” son definidos en el capítulo siguiente. Son los tipos que ya observara Stewart, con algunas subdivisiones y agregados, quedando así:

1. “Great Basin Pecked” (martillado), subdividido en “Great Basin Representative” y “Great Basin Abstract”, y este último a su vez en Curvilinear y Rectilinear.
2. “Great Basin Painted” (pintado).
3. “Great Basin Scratched” (inciso fino).
4. Pintado al estilo Pueblo (sólo en el S. E.).
5. “Pit-and-Groove” (tacitas).

Sólo para la subdivisión del primero —el más abundante— se ha recurrido a una moderada seriación estadística, y es sobre todo para él que vale la teoría de la magia de caza.

El cap. 5º se dedica al análisis y a las conclusiones, con acápites dedicados al comportamiento de los cérvidos, antílopes y cabras monteses en la región estudiada; ubicación de los sitios rupestres en relación con la caza (los indicios acumulados favorecen a la hipótesis inicial), y cronología de los petroglifos en general y de cada estilo en particular. Este último aspecto no ha podido ser muy bien precisado, pues las superposiciones son escasas y poco significativas, lo mismo que los casos de dibujos tapados por depósitos; la asociación con material arqueológico es casi inexistente. Sólo las diferencias de patinación en algunos sitios sugieren que el estilo Curvilineo es más antiguo que el Rectilineo y el Representativo. En cuanto al Pit-and-Groove, diversas consideraciones llevan a considerarlo muy antiguo, posiblemente relacionado con la cultura Leonard o variantes (5000-3000 a. J. C.), aunque en California llega en parte hasta tiempos recientes. Conociendo la distribución universal de este tipo (cuya adscripción al arte rupestre por lo demás podría ser discutida), que los autores no mencionan, ese hecho no debe sorprender tanto. El estilo Puebloide (caracterizado por figuras de espíritus Katchina) queda delimitado entre comienzos y fines del pri-

mer milenio; el Pintado y el Inciso Fino (que en realidad son técnicas y no verdaderos estilos), de número escaso, no serían anteriores al año 1000, llegando sólo ellos hasta tiempos etnográficos. El Curvilíneo sería la modalidad más antigua del Great Basin Pecked, comenzando hacia el 1000 a. J. C., mientras que sólo a comienzos de la Era surgirían la Rectilínea y la Representativa (ésta a su vez en buena parte como resultado de influencias Puebloideas).

Unas "concluding remarks" sintetizan los resultados de la investigación, señalando algunos problemas aún no resueltos.

Los Apéndices abarcan una parte considerable (pp. 273-392), incluyendo tres series suplementarias de documentación ilustrada. Enumeramos: a) Métodos de relevamiento; b) Interpretación de petroglifos; c) Datación por patinación diferenciada; d) Reproducción algo abreviada del trabajo de 1958 sobre el sitio de Lagomarsino; e) Información adicional sobre dos sitios en Nevada; f) Petroglifos del Este de California (análisis estilístico de 42 sitios, ubicados geográficamente en la Gran Cuenca, de características muy similares a los de la zona de Nevada); y g) lista de elementos específicos presentes en los petroglifos de Nevada. Una amplia Bibliografía cierra el bien presentado tomo.

Cabe señalar que, para el Owens Valley, situado dentro del área de California abarcada por el apéndice F, acaba de ser publicada una monografía exhaustiva por un discípulo y colaborador de Heizer (Jay C. von Werlhof: *Rock Art of Owens Valley, California*. Univ. Calif. Arch. Survey Rep. N° 65., 1965), en la que se han utilizado al máximo los métodos estadístico-matemáticos. (Sobre esto véase el artículo de A. M. Lorandi de Gioco que aparece en este tomo de Anales). También aquí la mayoría de los sitios se hallan sobre vías de migración estacional de animales de caza mayor.

Resulta imposible detallar todos los aspectos de interés consignados en el libro y todas las observaciones que surgen, sobre todo para quien se halla abocado a un estudio similar en la parte meridional del continente. (Ello puede quedar para otra ocasión). Nos permitiremos sólo algunas reflexiones.

Ante todo, hay que elogiar a los autores el haber ido al campo. Una alfarería puede ser estudiada en el laboratorio; un petroglifo no. Es fundamental para el investigador la vivencia del ambiente en que se encuentra. La hipótesis así surgida, de magia de caza, es difícil de refutar, y nos parece correcta, siempre que se tenga en cuenta que para la mentalidad arcaica no debía ser una mera técnica económica, sino un acto por el que la fuerza mágica de los animales corníferos de algún modo pasaba a los hombres. La matanza y utilización de los animales debió ser escasa, sino no se explica que —a diferencia de otros sitios como el de Wyoming, citado en p. 240— en ningún caso se hayan visto en las cercanías restos óseos ni puntas de proyectiles o elementos similares (excepto en Whisky Flat, Mi-5). No deja de ser curioso, además, que en el Sur las representaciones de cabras monteses sean abundantes, mientras que en el N. O. no se ha representado prácticamente nunca a los cérvidos y antílopes que allí serían objeto principal de las actividades mágico-cinegéticas. (Hay en el Sur una curiosa figura de un ciervo montado por un hombre: ver fig. 63 e). Resulta interesante ver que la antigua teoría de la magia de caza, que para el arte paleolítico europeo tiende a ser abandonada como explicación básica, resurge aquí para épocas y ambientes muy distintos de aquéllos. De cualquier modo, se-

ria muy erróneo generalizar, y querer aplicar el caso especial de la Gran Cuenca norteamericana a otras regiones, aún cuando aparecieran signos o estilos o situaciones ecológicas similares. Porque es notable el paralelismo que hay entre el "Great Basin Abstract" en sus dos modalidades (sobre todo la Curvilinear) y una tendencia frecuente en el Norte, Oeste y S. O. de la Argentina, y en algunos sitios de Chile. En el área "valliserrana" correspondería fundamentalmente al Estilo B de Lorandi. Este paralelismo deberá ser investigado el día en que la autora citada y el que escribe publiquen el abundante material rupestre de que disponen. (Llama la atención, en especial, la abundancia de similitudes entre Lagomarsino y Colo-Michi-Co (cfr. J. Schobinger: *El arte rupestre de la provincia del Neuquén*. An. Arq. Etnol. XII, 1956, ver pp. 116-138).

Volviendo a los problemas interpretativos, creo que, aún para los petroglifos de Nevada no se debe excluir la idea de la fecundidad, tan común en el arte rupestre universal. Algunas figuras así lo sugieren (43 g, 58 d, 73 e, 84 b, 85 a, 97, 103 b, etc.). Además, el signo llamado "rastros de ciervo" (que no necesariamente significa eso según los autores) ¿no podría querer representar simbólicamente una vulva? (Ver por ej. fig. 80 b).

Digamos, finalmente, que el concepto y la nomenclatura de Estilo no satisfacen del todo. Si bien la técnica de ejecución impone cierta limitación y aún puede favorecer ciertas tendencias estilísticas, no deben confundirse ambas cosas. En sí, pues —como ya se dijo al pasar—, "pecked", "scratched" y "painted" son meras diferencias de técnica. El "Puebloid Painted" por su parte corresponde a un concepto cultural. Aunque en Nevada puedan estar asociados a formas y motivos algo diferenciados, utilizar aquella terminología puede ser motivo de confusión. Sobre todo si, encandilados por este gran trabajo de estudio y difusión del arte rupestre norteamericano, quisiéramos trasladarla a otras áreas o hacerla general.

JUAN SCHOBINGER

BUSHNELL, G. H. S.: *Perú*. Traducción de Javier García, 212 pp., 71 láminas, 11 grabados y un mapa. Editorial Argos, Colección Viejos Pueblos y Lugares. Barcelona, 1962.

De la intensa preocupación por la Arqueología Prehistórica y Protohistórica surgió una importante cantidad de libros de sumo rigor científico. La colección "Viejos Pueblos y Lugares" quiere poner al alcance del lector profano estos conocimientos y con tal fin presenta, en volúmenes pequeños y claros, un panorama completo acerca de la vida y costumbres de un pueblo o lugar específico de la Antigüedad.

El Dr. Bushnell, que con su libro inicia la colección, cumpliendo con tal propósito proporciona una didáctica y amena versión sobre las antiguas culturas del Perú. En la Introducción realiza una descripción geográfica del Perú antiguo, frecuentemente denominado Región de los Andes Centrales, indicando que sus límites sobrepasan los del actual Perú. A su juicio es indispensable el conocimiento de las características topográficas para entender las culturas que